

Fuera de la iglesia no hay salvación, dentro, la alineación

José Navarro Juan¹

RESUMEN Un artículo sobre psicoanálisis y religión, invita a desempolvar una reflexión teológicamente psicoanalítica.

Ante la sorpresa divertida de encontrarme con un artículo de Psicoteología aparecido en el mes de Agosto en la revista de Informació Psicològica del COP-PV, titulado Psicoanálisis y Religión, donde el autor pretende un acercamiento entre ambas concepciones, y barnizando con una cascarilla de conceptos psicoanalíticos, reclama una reconciliación de los psicoanalistas con la “nueva teología”; amparándose en la brillante Dolto, y calificando de reduccionista al señor Freud, así como a sus seguidores que no ven más allá de “Totem y Tabú”, el autor reclama que sí el psicoanálisis “pretende calificarse de “psicología de las profundidades”, a de volver la mirada a Dios.

Supongo que algún psicoanalista ante tal artículo y conceptos como “psicología de las profundidades”, habrá esbozado una leve sonrisa o torcido la mueca, alguno estará dispuesto a rebatir el artículo y enmendar la plana. A mí, ante la lectura de este artículo, encuadrado como “tema de estudio”, se me ocurría la posibilidad de un rebatir sistemático, hasta ya tenía un posible título, “Lobos con piel de cordero”, pero me di cuenta que era más adecuada una ligera mueca, tal vez un leve resuello quedara más psicoanalítico, y que, puesto que por la boca muere el pez, y en cuanto los humanos por La Palabra somos para la muerte; me atreví desenfadado a sacar del cajón un pequeño artículo cubierto de polvo, sobre esto y aquello. Pense que si el papel de la revista era suficiente resistente para soportar el artículo “Psicoanálisis y Religión”, tal vez también soporte esta leve reflexión algo teológica.

Lo que sigue, no es contestación, solo atrevimiento.

Si somos para la muerte, es inevitable nuestra condena o salvación (al fin y al cabo lo mismo), en nuestra búsqueda de sentido, de la verdad.

Al parecer andamos condenados a perseguir ese sentido, esa lógica, ese principio y fin, que suponemos fronteras que contienen cierta conciencia de nuestro estar vivo, y que nos aboca a cualquier tipo de teoría que permita sostener, ce-rrar un cierto sentido.

Si somos para la muerte, es inevitable nuestra condena o salvación (al fin y al cabo lo mismo) en nuestra búsqueda de sentido, de la verdad.

Si nuestro principio fue un espacio cerrado, una bolsa, una placenta; parece que sólo un pensamiento algo circular, algo repetitivo, que nos permita cerrar una y otra vez el sentido de nuestra existencia es el que nos puede calmar.

¿Calmar de qué?. Calmar de la angustia, motor de gran parte del pensar.

Diría que la angustia es ese espacio abierto, como sin límites. Donde ni el propio cuerpo en situaciones extremas, lograra contenerse. Angustia como motor del esfuerzo, como chispa primera del deseo, como monstruo en cuyo seno nadie deseamos anidar, ni permanecer más de lo imprescindible.

El contorno del sentido es necesario, este texto, las ideas que en él se vier- tan, necesitarían unos ciertos límites para no perder al autor en una verborrea descabellada, ni al lector causarle una pérdida total del sentido, del norte.

El título podrá servir de frontispicio, de norte al que volver una y otra vez, para que el sentido se vaya tejiendo aunque fuera a base de retales, remiendos y pedazos. ¡Que algo se sujete!, ¡ que algo sea cuerpo con límites!

Y aquí entramos de nuevo. La Iglesia, la religión, la verdadera, la verdadera secta, lo que yo digo como verdadero... Siempre es preciso encontrar un cierto cuenco que contenga la Verdad, la Causa, el Principio y Fin de todas las cosas, el Ente, el Ser que no se engaña cuando se cuenta, el Creador o Causa primera, incluso, la causa simple y científica que pueda dejarnos por un momento quietos.

Por eso la Religión es verdadera, la tuya, la de cada uno, incluida Ninguna, porque no son ni más ni menos que ese cuenco necesario, ese contenedor de la verdad finita, que aspira a absorber a la infinitud de ese no saber.

La angustia necesita de saber, un saber que es anudarse, justificarse; es como un papel secante que aspira sin cesar un cúmulo de saber de teorías, organizadas con un cierto sentido que funcionen como bálsamo, droga letárgica, soporífera que duerman a la tenia insaciable y recóndita que alimenta la angustia.

El saber, saber de la verdad, queda convertido en droga necesaria que colma de sentido, que restablece el contorno de un cuerpo y que permite sostener la palabra.

¹ Col. 895-PV. Psicólogo Clínico. C/. Sueca, nº17 - pta. 16

TEMES D'ESTUDI

fuera de la iglesia no hay salvación, dentro, la alineación
JOSÉ NAVARRO JUAN

Acaso la “droga”, no es esa verdad completa y cerrada que no necesita de la búsqueda de un más allá. Ya decía Marx que la religión era el opio del pueblo.

La iglesia verdadera, contiene la palabra razonada, que alimenta a sus fieles, ordenando en sus mentes un universo con sentido que los contiene.

El científico, el ateo, cualquiera que habla, no esta libre de dicho continente. Fuera del continente no hay salvación.

Importa, la Iglesia, la sede, los ritos, y las razones, las hay para todos los gustos, cada una a su medida, porque nadie se libra de su propio sayo, que oculta y denuncia nuestra propia desnudez. Aún así, contenida en la piel, en nuestro pellejo que hace de continente y guarda un cierto sentido aunque sea vegetativo.

Si por la boca muere el pez y por el ano excretamos, dichas fronteras corporales vienen cargadas de significado, pues son abertura y cierre de un canal invisible por donde transita de casi todo. Ellas y todo el canal son un órgano sensible, y al tiempo abren y cierran un vacío. Y las palabras mariposean, metamorfosean el sentido y en cierta manera recubren con una especie de baba invisible al objeto, que son nuestros ser sujetos cargados de ciertos sentidos. Parece que necesitamos de esa especie de baba que contiene, que da razón de nuestro actuar.

La angustia es como una vagoneta que transita por el circuito interior, pero que al salir al exterior se metamorfosea en un pico, en un pájaro loco, navaja o pincho, causando salpullidos, eccemas, rojeces y moretones, insignias en la piel.

Pero todo encontrará sentido; médicos, científicos, magos, curanderos, charlatanes e iluminados y otros posesos, cargados de la verdad actuarán sobre nuestros cuerpos y mentes para restañar la herida, para permitir que sus abluciones y plegarias curen nuestros males o expulsen de nuestro cuerpo los malos espíritus, la mentira, y el engaño.

¿Alguien duda de que todos los científicos, médicos, psicoanalistas, curanderos y demás videntes y poseídos cuan-

do hablan no lo hacen con las bocas llenas de verdad?. Yo no lo dudo.

Cuando veo esos debates acalorados en televisión, en que todos apelan a la verdad hasta llegar al insulto y a la payasada, yo no dudo, creo en su verdad, en la de cada uno de ellos. Por más dispares que parezcan, por más encarnizado que resulte el debate, pese a todo lo vergonzoso, bochornoso y abyectos que puedan resultar sus protagonistas, aunque yo me sonroje..., creo en ellos. Veo como dicen la verdad. Y como gladiadores que en el lance se juegan la vida, luchan denodados porque su verdad no se la tumba el otro, por que el argumento de un otro no se los trague, por no sufrir la disolución que supone en publico, descubrirse a si mismo auto-

*El científico, el ateo,
cualquiera que habla,
no está libre de dicho
continente. Fuera del
continente no hay
salvación.*

engañado y parapetado a lo largo de su vida con una falsa verdad; o que la brillantez y rotundidad de sus contrincantes le produzca una sensación de desnudez, o tal vez lo que es peor, de disolución de falta de sentido en el ser.

Salvando los casos de comediantes y algunos descarados rufianes y videntes, que son la guinda del pastel de La Verdad. No puedo dejar de creer en toda su verdad, porque comprendo que Fuera de la Iglesia, no hay salvación.

No es posible hablar fuera de la Palabra, y está no deja de producir engaño, y luchamos por salir de éste, pese a los dichos populares que nos desmienten, y a la no salvación anunciada.

Pero veamos, “DENTRO LA ALIENACIÓN”, acaso toda está retahíla de palabras, toda esta pretensión razonadora, en cierto sentido no tendrían un objetivo en sí algo alienante, acaso estas paginas tienen otro fin que intentar plasmar un pensamiento ya algo en-

gendrado en anteriores elucubraciones y que a través de estas líneas intenta perfilarse, pulir sus aristas para producir cierta circularidad, cierto suelo firme y pisable, cierta redondez de idea completa.

Dios, la ciencia, el psicoanálisis, son instrumentos que el yo utiliza para recrearse y sostener su imaginario, el psicoanálisis es la creación del aparato psíquico, donde el “yo” es un piloto que por lo general desconoce buena parte de la nave.

Cualquier Iglesia, cualquier idea científica, cualquier verdad, no son más que instrumentos para manejarnos, materiales y útiles a los que agarrarnos, donde reflejarnos, y una vez asidos, nos sirven para provocar nuestra alienación. Nuestras mentes se pegan como moscas a un panal de miel, a los partidos políticos ganadores, a insignias e iconos, a los que prometen el cielo y la felicidad eterna, a los que nos dirán de nuestra belleza, rectitud u hombría. A ese Otro imaginario donde nos miramos y que a duras penas el reflejo sostiene de nuestro yo, siempre devolviéndonos el fantasma de nuestra incompletud.

Acaso la alienación y la muerte no es nuestro destino. Al saber la verdad, al estar en el cuenco, bajo el paraguas del Dios verdadero, de su verdadera Iglesia, secta, partido u organización, ¿no podemos entonces echarnos ya a descansar?, ¿a gozar a la sombra de Dios Padre?.

Si fuera no hay salvación, dentro es la alienación, porque la angustia que transita cual vagoneta por nuestro interior, necesita “más madera”, y esa la da la repetición, la constatación continuada de que estamos en posesión de la verdad, de que nuestros enunciados no se tambalean. Para esto hemos de alienar nuestro pensamiento a algunas verdades y principios que queden como incuestionables, que sean el suelo donde pisamos, donde quedar a salvo de la angustia que nos acecha.

Por todo esto, se me ocurre lanzar un grito, grito que desde hace años no se me ocurría:

¡Viva la Religión!, la verdadera por supuesto. ☉